

citadas entre ambos Gobiernos. Aunque Erskine no era un hábil diplomático, deseaba sinceramente resolver la cuestion de una manera amistosa, y como Smith, Gallatin, y el mismo Madison, que aun no era Presidente, le habian dado toda clase de seguridades, era de esperar que se vendria á un acuerdo. Dícese que Mr. Gallatin, en conferencias particulares con Erskine, habia dado tambien á conocer las opiniones de Jefferson y de su sucesor, demostrando que mientras el uno se inclinaba en favor de Francia, el otro deseaba una alianza con la Gran Bretaña, y en este concepto, el embajador concertó con Gallatin un plan que en su opinion daria por resultado resolver pacíficamente las dificultades existentes entre las dos naciones.

En 17 de abril, Mr. Erskine dirigió una carta al Secretario de Estado, anunciándole que habia recibido instrucciones de Mr. Canning para resolver las diferencias entre las dos potencias, y segun parece, dejábase ancho campo á Mr. Erskine para elegir los medios, indicándose varias soluciones aceptables para el Gobierno Británico. El ministerio inglés, sin embargo, imponia ciertas condiciones que á su juicio eran indispensables para dejar á cubierto el honor de la nacion, y que no perjudicaban en nada á los Estados-Unidos.

Por las principales proposiciones exigíase que no se permitiera á los buques de guerra ingleses y franceses navegar en las aguas de América; que se derogasen las órdenes espedidas por el almirante Berkeley; que se devolvieran los hombres cogidos en el *Chesapeake*, asignando una pension á las familias de los muertos á consecuencia del ataque del *Leopardo*; que por su parte el Gobierno americano respetara los derechos nacionales de la Gran Bretaña; que se entre-

garan los desertores naturales de Inglaterra cuando fuesen reclamados; que prévia la anulacion de las órdenes espedidas por el Consejo inglés, desistieran los Estados-Unidos de su sistema de represalias respecto á la Gran Bretaña, pero no en favor de Francia, y que no se hiciera por último en tiempo de guerra el comercio colonial, si se prohibia en tiempo de paz.

A juzgar por las entrevistas y la correspondencia entre Mr. Erskine y el Secretario de Estado, parecia que el Gobierno Británico deseaba que el Presidente espidiese una proclama anunciando que se reanudaban las relaciones con la Gran Bretaña, despues de lo cual S. M. mandaria derogar las órdenes del Consejo, nombrando acto continuo un enviado extraordinario que pasara á los Estados-Unidos, revestido de plenos poderes, á fin de concluir un tratado entre ambas naciones. En esta persuasion, el 19 de abril, con tal rapidez se habian conducido las negociaciones, apareció la proclama anunciando que se anularian las órdenes del Consejo inglés el 10 de junio siguiente, y que por lo tanto quedaba abierto el comercio con la Gran Bretaña aquel mismo dia.

Fácilmente se comprenderá que esta noticia causó la mayor satisfaccion en los Estados-Unidos, lo cual probaba evidentemente que todos deseaban estar en paz con la Gran Bretaña. Desde aquel momento reinó la mayor actividad, y los buques americanos comenzaron á navegar por el Océano, aprovechando la ocasion que se presentaba de continuar las relaciones comerciales con Inglaterra.

A consecuencia del crítico estado de las relaciones extranjeras, reunióse el Congreso en sesion extraordinaria el 1809. dia 22 de mayo y aunque el partido federal era entonces algo mas numeroso, los repu-

blicanos consiguieron sin gran esfuerzo que se nombrara á Varnum, Presidente de la Cámara.

Al dia siguiente, Mr. Madison remitió su mensaje en el que anunciaba que se habia verificado un cambio favorable en las relaciones extranjeras de los Estados-Unidos, y despues de dar cuenta de las negociaciones con Mr. Erskine, espresábase en estos términos: «Me complace en hacer justicia al Consejo de S. M. Británica, que separándose de la política que impulsó á Francia á espedir sus últimos decretos, ha creido conveniente reanudar las relaciones amistosas, por cuya razon justo era que los Estados-Unidos abrieran su comercio á dicha nacion, en prueba del espíritu conciliador que nos anima, y con arreglo á los principios proclamados por los Consejos públicos durante un período de peligrosa crisis. Derogadas las órdenes del Consejo Británico por lo que hace á los Estados-Unidos, he comunicado la noticia á nuestro ministro plenipotenciario en París, dándole instrucciones para que aprovechando la ocasion proponga al Gobierno francés que revoque sus decretos, ó los modifique de modo que no se infrinja el derecho de neutralidad de los Estados-Unidos. Yo creo que la revision de nuestras leyes comerciales será uno de los asuntos que ocuparán preferentemente la atencion del Congreso en vista del convenio celebrado últimamente con la Gran Bretaña.»

El Presidente añadia luego, que en vista del giro favorable que iban tomando los asuntos, acababa de reducir el número de cañoneras, escepto en Nueva-Orleans, como se hacia en tiempo de paz, licenciando al propio tiempo una parte de la milicia. Anunciábase despues que adelantaban las obras defensivas en las costas, pero que se necesi-

taba mas dinero para terminarlas; se recomendaba que se protegieran los diversos ramos de la industria; y al tratar de la hacienda, decíase en el mensaje que los Estados-Unidos habian ya satisfecho por completo el importe de las acciones del ocho por ciento, y que el dia 1.º del mes anterior, habian ingresado en el tesoro nueve millones quinientos mil duros. El Presidente terminaba su mensaje indicando que la disminucion de la renta consistia principalmente en haberse suspendido las esportaciones, pero que era de esperar que aquella se aumentaria en el año próximo, y que entretanto cooperaria con ambas Cámaras para asegurar la prosperidad del pais.

Durante aquellas sesiones extraordinarias, que solo duraron quince dias y concluyeron en 20 de junio, no se introdujo modificacion alguna en las leyes, ni se adoptaron tampoco medidas de importancia. Juan Randolph y sus amigos se mostraban muy descontentos, y se oponian á la política del Gobierno, pero la esperanza de asegurar la paz y prosperidad del pais, hizo que se terminaran pacíficamente las deliberaciones del Congreso.

El Gobierno Británico, sin embargo, no estaba satisfecho de la conducta de su ministro en Washington, y negándose desde luego á cumplir lo que Mr. Erskine estipulara con el Secretario de Estado, alegó que el primero se habia escedido en sus instrucciones, obrando contrariamente á la política de su Gobierno. Esta noticia se recibió en América poco despues de haberse cerrado el Congreso y Mr. Erskine se vió en la penosa necesidad de anunciar que su Gobierno no aprobaba la última negociacion. En vista de esto, y no teniendo otra alternativa, el Presidente espidió otra proclama en 10 de agosto, declarando que quedaban suspendidas de nuevo las relaciones con la Gran Bre-

taña. Poco después volvió Mr. Erskine á Inglaterra.

Difícil es imaginar la irritación que produjo en el país tan inesperada noticia, que daba al traste con las esperanzas de todos aquellos que pensaban aprovecharse de las buenas relaciones con la Gran Bretaña. El grito general era: *¡Comercio libre y nuestros derechos!* y tan pronto como circuló por todo el país la noticia, hubo reuniones públicas en que se discutió acerca de los agravios inferidos al pabellón americano; y mientras los hombres de edad avanzada daban á conocer su indignación, los jóvenes, aunque silenciosos, revelaban en sus miradas que estaban dispuestos á probar su valor y patriotismo. Si en aquellos momentos hubiera propuesto el Presidente la guerra con la Gran Bretaña, es indudable que todos le habrían aplaudido; pero Mr. Madison era demasiado prudente y amigo de la paz para hacer las cosas atropelladamente y precipitar la crisis, por cierto ya muy próxima, y júzguese como se quiera su conducta, nosotros creemos que hizo bien en mantenerse dentro de los límites de la prudencia, pues había suficiente motivo para hacerlo.

Los federalistas, que deseaban una alianza con Inglaterra, y aseguraban siempre que esta nación se hallaba animada de las mejores disposiciones hácia los Estados-Unidos, se disgustaron en extremo por aquel cambio repentino en las relaciones internacionales, y hasta aseguraron que era causa de todo la falta de buena fé del Gobierno, que sin duda estaba resuelto á no resolver las diferencias entre ambas naciones. Hé aquí lo que decía con este motivo Mr. Dwight, uno de los hombres del partido federalista: «Mr. Madison ha sustituido en la silla Presidencial á Mr. Jefferson, quien deja el Gobierno en una de las situaciones más críticas y embarazo-

sas; con el sistema de embargos y la suspensión de relaciones, queda arruinado nuestro comercio, y perdida la agricultura y la industria, el país comienza á sufrir toda clase de privaciones sin tener necesidad de ello. En semejantes circunstancias la política más acertada que podía adoptar Madison al encargarse de la Presidencia, era atraerse el favor popular, y para esto, nada mejor que adoptar medidas por medio de las cuales quedase libre el país de las restricciones á que se veía sujeto. No se necesita mucha perspicacia para comprender que las negociaciones con Erskine serían aprobadas por la nación entera y que con ellas alcanzaría una popularidad universal el nuevo Presidente de la Unión; y en el caso de que el Gobierno Británico se negase á ratificar el convenio, ya por una causa, ya por otra, era natural, que el pueblo de los Estados-Unidos se levantase en masa, justamente indignado.» (\*) Inútil es decir que los republicanos, combatieron semejante opinión, pero al mismo tiempo, muchos de los amigos del Gobierno, indicaron que la política del poder ejecutivo era demasiado conciliadora respecto á Inglaterra, asegurando que en aquellas circunstancias la guerra sería aprobada en general.

A principios de octubre llegó á los Estados-Unidos Mr. Jackson, en reemplazo de Mr. Erskine. Jackson era un diplomático de cierta importancia; había desempeñado últimamente la misión de Dinamarca, que dió por resultado el apresamiento de su flota en setiembre de 1807, y parecía presentarse en América con cierto aire de importancia, dispuesto seguramente á obrar sin consideraciones. Al principio, celebráronse **1809.** varias entrevistas entre Mr. Jackson y Smith, Secretario del Estado, pero poco

(\*) Historia de la Convención de Hartford, págs. 409-410.

después, este último mandó á decir al enviado británico, que en lo sucesivo deberían comunicarse *por escrito en la forma acostumbrada*. Mr. Jackson protestó contra esta medida y bien pronto llegó á ser evidente, á juzgar por el estilo y carácter de la correspondencia, que no debía esperarse ningún resultado favorable, pues ambas partes estaban disgustadas, y habiendo indicado luego Mr. Jackson, que existía una especie de coalición entre el Gobierno americano y Mr. Erskine, resolvióse de una vez no continuar las relaciones con un ministro que se atrevía á ultrajar de tal modo al poder ejecutivo de la Unión. Entonces se dió cuenta de la conducta de Mr. Jackson al Gobierno Británico, quien mandó llamar á su enviado si bien era evidente que no desaprobaba su proceder.

Los límites de nuestro libro no nos permiten hablar aquí de los agravios, de las recriminaciones y de las enojosas polémicas á que dió lugar la conducta de Jackson, que sin autorización alguna, y prescindiendo de las prácticas establecidas, dirigió una carta circular á los cónsules británicos en los Estados-Unidos, vindicando su política en aquella negociación. Este documento es digno de que lo examine el aficionado á la historia, no solo por su importancia intrínseca, sino porque da á conocer todas las circunstancias que motivaron la guerra con la Gran Bretaña en 1812.

El día 29 de Noviembre, una semana antes del día acostumbrado, reunióse el Congreso, y el Presidente remitió su acostumbrado mensaje, notable sobre todo porque explicaba el gran cambio que en pocos meses se había verificado en la situación y esperanzas del país. Después de referir cómo acababan de frustrarse las negociaciones con Mr. Erskine, y qué conducta observara el

enviado que le sustituyó, añadía el Presidente: «La correspondencia entre el ministro y el departamento de Estado demostrará cuán inútiles han sido nuestros esfuerzos para venir á un acuerdo, y como, olvidando aquel el respeto debido á todo Gobierno, se ha propasado á dirigirnos imputaciones que nos han puesto en el caso de suspender la correspondencia. Por lo demás, debemos inferir que el gabinete inglés juzgará como nosotros la conducta de su representante, apreciando en su justo valor los motivos que hemos tenido para obrar así.»

«Respecto á Francia, la otra potencia beligerante, cuyos ataques contra los derechos comerciales han dado lugar á nuestras repetidas manifestaciones, puede decirse que sus actos no corresponden á las medidas adoptadas por los Estados-Unidos para promover un cambio favorable. Aun cuando las demás potencias beligerantes parecen animadas de las mejores disposiciones, vemos que no se han reprimido todavía ciertos abusos que perjudican á nuestro comercio, si bien se han adoptado las disposiciones necesarias á fin de corregirlos. De todos modos, convenría en mi concepto que la legislatura tomase en consideración este asunto, resolviendo qué medios serían más conducentes para conseguir que en lo sucesivo se respete por todos el pabellón de América y se proteja asimismo el comercio de nuestros conciudadanos.»

El Presidente llamaba también la atención del Congreso sobre la defensa del país, recomendando que se organizara debidamente la milicia, á la cual consideraba como el más firme baluarte que podría proteger los intereses de la nación cuando los Estados-Unidos se viesen en peligro. Al hablar de la hacienda, Mr. Madison manifestaba que no había sido necesario negociar

ningun empréstito, pero que á no dudarlo disminuirían las rentas del año siguiente. El mensaje terminaba con estas palabras: «En medio de los conflictos y contrariedades que nos rodean, debe causar una profunda satisfaccion ver que la prosperidad aumenta, que el estado sanitario es inmejorable, y que las cosechas son mas que suficientes para nuestras necesidades. Las empresas se multiplican en nuestro pais, los capitales aumentan; progresa el cultivo y la fabricacion, y poco á poco llegará el dia en que no será necesario recurrir al extranjero para surtirnos de ciertos artículos. Es digno de tenerse en cuenta que este cambio en nuestras costumbres y los adelantos del pais, son una consecuencia de los edictos arbitrarios por medio de los cuales, al tratar las potencias extranjeras de entorpecer nuestro comercio, nos han obligado á procurarnos lo necesario sin el auxilio de nadie. Por todo esto debemos dar gracias á la Divina Providencia que siempre nos ha dispensado su proteccion, y por esto tambien debemos suplicar al Omnipotente que guie nuestros pasos y nos inspire las medidas mas acertadas para asegurar el porvenir y prosperidad de nuestra querida patria.»

Mr. Giles presentó en el Senado varias proposiciones que fueron aprobadas casi sin discusion, y se apoyó unánimemente la política del Gobierno respecto á la Gran Bretaña. La Cámara tomó luego en consideracion este asunto, y despues de un acalorado debate que duró tres semanas, aprobó tambien las proposiciones por setenta y dos votos contra cuarenta y uno. El enviado británico, segun ya hemos dicho, fué llamado poco despues por su Gobierno, pero, segun parece, ni este censuró su conducta, ni dió satisfaccion alguna al Gobierno americano.

Mr. Macon, del Comité de relaciones extranjeras, presentó luego un *bill* por el cual se prohibia á los buques ingleses y franceses la entrada en ningun puerto de los Estados-Unidos, así como tambien la importacion de toda clase de artículos de dichos paises, pero con la condicion de que se levantarían estas prohibiciones tan pronto como dichas potencias dejaran de infringir los derechos del comercio neutral. El Senado no aprobó este *bill* cuando le remitió la Cámara y como por otra parte no merecia la aprobacion del Gobierno, fué desechado por la mayoría. Poco despues, el Senado, de acuerdo con la Cámara, acordó que en el caso de que la Gran Bretaña ó Francia derogasen antes del 3 de marzo de 1811 sus edictos sobre los derechos neutrales, el Presidente espediria una proclama anunciando el hecho, y que si cualquiera de las dos naciones citadas no imitaba el ejemplo en el término preciso de tres meses despues, volverían á suspenderse las relaciones nacionales con la potencia que no secundara la política de los Estados-Unidos.

Poca importancia tenían las medidas adoptadas despues: publicóse una ley á fin de organizar un ejército de cien mil hombres de la milicia; se espidió una orden para formar el tercer censo, y se autorizó la negociacion de un empréstito destinado al pago de la deuda pública. Mr. Randolph demostró mucha actividad en todas las cuestiones relativas á la hacienda, y hasta se trató de hacer cargos contra Mr. Gallatin, Secretario del Tesoro, bajo el pretexto de haber faltado á sus deberes en el departamento que dirigia con reconocido acierto y exactitud. Próxima ya á terminarse la legislatura, Mr. Gallatin, cumpliendo con las instrucciones de la Cámara, presentó un estado espresivo de las fábricas que existían en los Estados-Uni-

dos, y de su situacion y circunstancias (\*).

Consignaremos aqui de paso, como dato de interés, que el valor total de las fábricas de la Union se estimaba en ciento veintisiete millones y setecientos mil duros, de los cuales cerca de treinta y nueve millones quinientos mil figuraban por géneros textiles, de algodón, seda y estambre.

Las fábricas de peletería se evaluaban en diez y ocho millones de duros; las de licores destilados de todas clases en diez y seis millones quinientos mil, y las de hierro en mas de catorce millones doscientos cincuenta mil, con un valor de seis millones en instrumentos y maquinaria. Los artículos fabricados con los materiales que producía el pais se empleaban principalmente en los Estados-Unidos, y por este motivo era muy insignificante la esportacion; en este caso se hallaban las máquinas de cardar lana y algodón que habían sido inventadas por los americanos. En otros artículos, tales como los géneros textiles, los efectos de hierro ó de cristal, y los licores destilados, etc., el consumo del pais era casi tan grande como el del extranjero, y poco á poco iban disminuyendo las importaciones. Esto sucedía principalmente con el algodón y los géneros de lana que se habían visto mucho mas favorecidos desde la guerra europea, sobre todo por lo mucho que costaba traerlos de Francia y de la Gran Bretaña.

De las varias proposiciones que se hicieron á consecuencia del informe presentado por Mr. Gallatin, no se aprobó ninguna, pues los opuestos intereses de los diferentes puntos de la Union hacían necesario desechar unas,

(\*) En la biografía de Enrique Clay se refiere cuanto trabajó aquel hombre notable en favor de la industria del pais, y cuáles fueron sus esfuerzos para establecer lo que se llamó el *Sistema Americano*, esfuerzos que le valieron el aprecio y estimacion de todos sus compatriotas.

mientras que las otras no se creyeron convenientes para favorecer los intereses del pais. Habiéndose puesto á discusion un proyecto referente al Banco de los Estados-Unidos, suscitóse un corto debate que se suspendió luego hasta la próxima legislatura, y lo mismo se hizo con un informe presentado por el Comité respectivo, referente á la conducta del general Wilkinson y á los proyectos de Aaron Burr en las colonias españolas del Sur. El dia 1.º de mayo, despues de cinco meses de sesiones, durante 1810. los cuales no se hizo nada de provecho, se cerró el Congreso sin dictar tampoco medida alguna en favor de los derechos del pais.

Segun parece, Napoleon se había resentido por la suspension de relaciones, decretada por el Congreso, en marzo en 1809, y en respuesta á la representacion que aquel le hizo por conducto del general Armstrong, espidió un nuevo decreto fechado en 23 de marzo de 1810 en Rambouillet, por el cual se disponía que cerca de ciento cincuenta buques mercantes capturados por los franceses y pertenecientes á los ciudadanos de los Estados-Unidos se declarasen buena presa y se procediera á su venta, ingresándose luego el importe en el Tesoro imperial, en cuenta separada. Además de esto preveníase que todo buque de América que penetrara en cualquiera puerto de Francia sería confiscado en el acto.

Despues de semejante ultraje, del que no pareció resentirse mucho el Gobierno americano, Napoleon creyó prudente no violentar mas la situacion, y aprovechándose de las circunstancias, anunció á los Estados-Unidos á principios de agosto, que anularía los decretos de Berlin y Milan desde el 1.º de noviembre siguiente con tal que la Gran Bretaña derogase las órdenes del Consejo ó se la obligara á respetar los derechos de los

Estados-Unidos. El ministro francés, Duque de Cadore, dirigió con este motivo al general Armstrong una comunicacion cuyo estilo y lenguaje, no sabemos decir de qué pecaba mas, si de insolente ó de ridículo. Decia así: «Tengo la mayor satisfaccion en anunciaros lo que ha resuelto el Emperador: Su Majestad aprecia mucho á los americanos; desea su prosperidad y que florezca su comercio, porque la independencia de América es una de las cosas que mas ambiciona Francia. El Emperador veria con gusto el engrandecimiento de los Estados-Unidos, y todo aquello que pueda contribuir á su progreso y al afianzamiento de sus libertades estará siempre conforme con los intereses del imperio.»

Al saber Mr. Pinkney que Napoleon se ofrecia á derogar los decretos de Berlin y Milan, trató de inducir al Gobierno británico á que siguiera el ejemplo de Francia, pero ya fuera por pique, ó por sostener sus principios, el gabinete inglés se negó á dar ningun paso mientras no se anularan incondicionalmente los decretos. Mr. Pinkney hizo todos los esfuerzos imaginables para convencer al Gobierno de la Gran Bretaña, mas viendo que este persistia en su resolucion, el ministro americano dando por terminado su cometido, se despidió en 28 de febrero de 1811 para regresar á su pais.

El Presidente, confiando en las seguridades que le diera Napoleon, respecto á la anulacion de los decretos, publicó en 2 de noviembre una proclama anunciando que se reanudaban las relaciones con Francia, y el dia 10, viendo que la Gran Bretaña persistia aun en su negativa, el Presidente espidió otra prohibiendo las relaciones comerciales con Inglaterra. Sentimos tener que decir que Napoleon no obró lealmente en aquella ocasion, pues á principios del siguiente año, declaró que los decretos de Berlin y Milan eran

la ley fundamental del imperio, y no satisfecho con esto, dispuso se anunciara oficialmente que no se abonarian daños y perjuicios á los dueños de los buques americanos capturados por los cruceros franceses.

Entre tanto preparábase un nuevo elemento de discordia á consecuencia de haber autorizado el Presidente al gobernador Claiborne para que tomara posesion del distrito de Baton Rouge, á fin de anexionarlo al territorio de Nueva-Orleans. Esto se hizo porque los habitantes de la Florida del Oeste se habian declarado independientes en el mes de setiembre, solicitando luego se les reconociera como súbditos de los Estados-Unidos, lo cual aceptó el Gobierno desde luego. No es de estrañar que Inglaterra, aliada entonces de España contra Francia, llevase á mal la medida adoptada por los Estados-Unidos, considerándola como un acto hostil; y de creer es que esta circunstancia contribuyó á que aumentase su encono contra los Estados-Unidos y aprobara los abusos y ultrajes de los comandantes de los buques de guerra, estacionados delante de los principales puertos de la Union.

El Congreso se reunió en 5 de diciembre, y en el mismo dia remitió el Presidente su mensaje anual en el que hablaba en particular del estado de las relaciones estranjeras con la Union, informando asimismo al Congreso del resultado de las medidas adoptadas respecto á Inglaterra y Francia, y de las depredaciones cometidas contra nuestro comercio por algunos cruceros dinamarqueses. Asimismo manifestaba qué razones le indujeran á tomar posesion del territorio Oeste de Rio Perdido.

«El aspecto del pais, continuaba Mr. Madison, revela el grado de prosperidad á que hemos llegado, y mientras por una parte florece nuestra agricultura, progresa por la

otra la fabricacion y la industria, de tal modo que bien pronto no será necesaria la importacion de ciertos artículos que nos suministraba el comercio extranjero. Bajo el punto de vista nacional, este cambio favorable puede considerarse como una compensacion por las privaciones, pérdidas é injusticias de que hemos sido víctimas. Hasta qué punto será pues conveniente que protejais el comercio, regularizando sus tarifas en beneficio de los intereses de cuantos se dedican á él, es cosa que dejo á vuestra consideracion.»

El Presidente recomendaba luego la creacion de una universidad nacional, alegando que la instruccion pública contribuiria poderosamente al afianzamiento de las bases sobre que se fundaba el sistema de Gobierno. «Entre los varios abusos comerciales que se cometen á la sombra del pabellon americano, continuaba el Presidente, parece que algunos de nuestros compatriotas se dedican al tráfico de esclavos africanos, violando así las leyes de la humanidad y las de su propio pais; pero teniendo en cuenta las razones que nos indujeron á prohibir semejante comercio y castigar tan criminal conducta, de esperar es que el Congreso tomará sus disposiciones para evitar el mal.»

Hablaba despues el Presidente de las fortificaciones, de la milicia, del cuerpo de ingenieros y de la academia militar; y pasando luego á los asuntos de hacienda, ponía en conocimiento del Congreso, que acababa de negociarse un empréstito de menos cantidad que la autorizada para pagar tres millones y pico de la deuda pública, y que una vez cubiertas las demás atenciones del Gobierno, ingresarían aun en el Tesoro dos millones de duros.

La ocupacion de la Florida del Oeste, dió lugar á un acalorado debate en el Congreso, y cuando los habitantes del territorio de

Orleans solicitaron ser admitidos como Estado en la Union, los federalistas se opusieron á ello enérgicamente, proclamando los principios constitucionales. Josías Quincy fué uno de los que en la Cámara se opusieron á la admision, y el dia 14 de enero dió á conocer en un luminoso informe cuáles eran las opiniones de Nueva-Inglaterra sobre este punto, demostrando qué excesiva preponderancia adquiririan los nuevos Estados del Sur en aquella parte de la Confederacion si se aprobaba la medida. Con este motivo pronunció Quincy un brillante discurso que llamó la atencion de todos no solo por su energía, sino por su atrevido estilo. Hé aquí uno de sus párrafos: «Debo declarar aquí terminantemente, que si se aprueba este *bill* quedarán disueltos los lazos de la Union; que los Estados que la componen podrán considerarse moralmente libres de los deberes que se han impuesto hasta aquí, y que tendrán derecho para separarse de la Confederacion, amistosamente si es posible, por la fuerza, si no pueden conseguirlo de otro modo.»

El discurso de Mr. Quincy abundaba en poderosos argumentos, y su conclusion no deja de ser interesante si se tienen en cuenta los acontecimientos que han tenido luego lugar en un período de cuarenta años. Hé aquí, pues, cómo terminaba el discurso: «Se trata de formar nuevos Estados mas allá del Mississippi y como la imaginacion del hombre carece de límites, ya no tendremos bastante con California y Columbia. Cuando yo dije que este *bill* justificaria una revolucion y daria lugar á ella, hablaba de sus principios y de sus consecuencias prácticas; sobre estas y aquellas deseo que fije su atencion la Cámara y el pais. Si se trata de establecer un nuevo orden de cosas absolutamente insoportable, preciso será que los hombres honrados y dignos se apresuren á evitar el